

Así cuando en Sicilia el Etna ranceo
Revierta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesuvio en humo denso y llamas,
Fuerba el Averno sus calladas ondas,
Y allí del Fíbore en la ribera etrusca
Se estrémese la cipula soberbia
Que al Vicario de Cristo da sepulcro,
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién, dar al verso acordes armonías
Oyendo resonar grito de muerte?
Bramó la tempestad: bramó iracundo
El huracán, y arribato a los campos
Sus frentes, su matig: la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas.
¡No más trinos de amor! Así agitaron
Los torales añas mi existencia, y quise
Solo en región extraña el oprimido
Aunido hallar dulce descanso y vida.
Breve será; que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre a recibirme;
Ya los voy a ocupar... Si no es eterno

El rigor de los hados, y reservan,
a mi patria infeliz mayor ventura.
Deseo presto, y mi postrer suspiro
Será por ella!.. Prevenir en tanto
Flebiles tonos, entacas Coronas
De ciprés funeral, musas celestes;
Y donde a las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudas mirtojas,
Oculta entre flores mis cenizas.

Los días.

¿No es completa desgracia
Que por ser hoy mis días
He de verme sitiado
De innumeradas visitas?
Cierra la puerta moro,
Que sube la vecina,
Su costada y sus yernos
Por la cuebra arriba!
¿Pero qué? ¿No la cierras!
¡Si es necesario abrirla,
Si ya vienen chillando
Doña Beata y sus hijas!
El vobis que ha pasado,
Según lo que vechina,
Es el de don Venancio,
¡¡¡panero puto diablo!

¡Oh! ya está aquí don Lucas,
Haciendo cortesías!
¡Y don Mauro el abate,
Opusitos a mitras!
¡Don Jenero, don Ceilo
Y doña Benilisa,
Con una lechigada
De niñas y de niñas!
¡Qué voces cumplimentos!,
¡Qué frases repetidas!,
¡Al monte de terrores
Me fuera por no oírlos!
En todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
A engullirse birrachos,
Y dulces y bebidas.
Llévanse de mujeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No esa la armonía.
Ulla, haciendo dengues,

Aquí y allí pellican,
Todo lo gulummean,
Y todo los fastidias.
Ellos, los hombronaros,
Piden a toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jerez y Mantilla:
Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve... se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal juicordia?
¿Esto ser amigos?
¿Por el amor se explica,
Dejando mi despensa
Abolada y vacía?
Y en tanto lo abiguillos,
Canalla descuida,
Me aturde con sus golpes,
Plantos y millardinas.
El uno acusa el gato
Debajo de las sillas;

El otro se echa auestas
Un sangilón de almíbar;
Y el otro, que jugaba
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le apartó la varilla.
Se mi bastón los sirve
De caballito, y brincan,
Mi peluca y mis guantes
El pero me los tiran;
Mis libros no parecen,
Que todos me los quitan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.
¡Demonios! yo, que para
La solitaria vida
En virginal ayuno
Platónica eremite,
Lo, que del matrimonio
Renuncié las delicias
Por no verme comido

De tales bendiciones,
¿De de sufrir ahora
Esta algarera y truca?
¡Váyanse, que mi paciencia
No ha de ser infinita!
¡Váyanse emborramala;
Salgan todos a prisa;
Pecojen abasicos,
Sumbrosos y banquitas!
¡Gracias por el obsequio
Y la cordial visita!
¡Gracias; pero no vuelvan
Jemás a repetirla!
¡Y pues ya me ausieron,
Que es a lo que venían,
Si quisieren baile, vayan
Al soto de la villa!

Andrés Bello.

La agricultura en la zona tórrida.

¡Salve, fecunda zona.
Que al Sol enamorado circunscríbes
El vago curso, y cuanto ser de anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De grandes espigas; tú la uva
Das a la herviente cuba,
No de purpurea flor, o roja, o gualda
A tus florestas bellas
Yalta matiz alguno, y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Faciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erquido monte
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jicara rebosa;
Bulle carmin herviente en tus nopales,

Que afrenta fuera al mirice de Tico:
 ¿ de tu añil la tinta generosa
 Emula es de la lumbre del zafiro;
 El vino es tuyo que la herida agave
 Para los hijos vierte
 Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya
 Que cuando de siave
 Humo en espiras vaporosas huya,
 Solarará el fastidio al ocio inerte.
 Tú viotes de jazmines
 El arbusto sabeo,
 ¿ el perfume le das que en los festines
 La fiebre insana templará a Lico.
 Para tus hijos la procera palma
 Su vario fendo eria,
 ¿ el ananás sazona su ambrosia,
 Su blanco pan la yuca,
 Sus rubias pomos la patata educa,
 ¿ el algodón despliega al aura leve
 Las rosas de oro y el vellón de nieve.
 Vendida para tí la fresca parcha
 En enramadas de verdor lozano,
 Cuelga de sus sarmientos trepadores
 Tectáreos globos y franjadas flores;
 ¿ para tí el maíz, jefe altanero
 De la espigada tribu, hinche su grano;
 ¿ para tí el banano
 Desmaya al peso de su dulce carga.
 El banano, primero

De cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
Del Benador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo;
No es a la podadera, no al arado,
Ondor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede
Fluctar a sus fatigas mano esclava:
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.
Mas ¡oh; si cual no cede
El tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
¿ como de natura esmero ha sido,
De tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh; si al galaz rúdo
La dicha al fin supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano
Fauso, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano!
¿ Por qué ilusión funesta
Aquellos que fortuna hizo señores
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
La fe mercenaria
Las patrias heredades,
¿ en el ciego tumulto se aprisionan

De miserables ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
O al patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios
La incanta edad en poderosa liga?

.....
¡Oh!, los que afortunados poseedores
Habéis nacido de la tierra hermosa
En que soeña hacer de sus favores,
Como para ganáros y atraeros,
Quiso Naturaleza bondadosa,
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso.
El mercader que, necesario al lujo
Al lujo necesita,
Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grey de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto caos;
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita:
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,
Ya la razón al triunfal carro atada,
Ya la fortuna la incensata plebe,

¿El noble al aura popular adora.
¡O la virtud amáis? ¡Ah! ¡que el retiro,
La solitaria calma
En que, juez de sí misma, pasa el alma
A las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¡Buscáis durables gozos,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Da su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre, ¡ah!, siempre
Donde halaga la flor, pinza la espina?
¿D a gozar la ouverte campesina;
La regalada paz, que ni rencoros,
Al labrador, ni envidias acibarán;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro,
¿El sabor de los fáciles manjares,
Que dispendiosa gula no le aceda,
¿El asilo seguro
De sus patrios hogares
Que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que a la enojosa
Vejez retarda el paso,
¿El rostro a la beldad tiñe de rosa.

.....
Allí también deberes

Hay que llenar: cerrar, cerrar las heridas

Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Aspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo tome
Del arte humana y le tribute esclavo.
Del obtenido estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
A la sedienta caña;
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España;
Adorne la ladera
El cafetal; ampare
A la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare:
Aquí el vegetal, allá la huerta ría.....
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agüicultura,
Rodiza de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces;
Mirola ya que invade la espesura
De la floresta opaca; oigo las voces;
Siento el rumor confuso, el hiesto suena;
Los golpes el lejano
Eco redobla: gime el ceibo anciano,
Que a numerosa tropa

Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas se estremece,
Estalla al fin, y rinde el aucha copa.
Huyo' la fierca; deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos, va a buscar doliente....
¿Qué miro?; alto torrente
De sonora llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.
El raudal incendio a gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenados haces.
Ya ramo a ramo alcanza
Y a los rollizos tallos hurta el día:
Ya la primera flor devuelve el seno,
Bello a la vista, alegre a la esperanza:
A la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,

¡Allá a lo lejos el opímo fruto
¡La cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Cobinado el cesto y con la falda en cinta:
¡Bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.
¡Buen Dios! No en vano sude,
Mas a merced y a compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del deomayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
¡Mas tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aun más que tu clemencia antigua implora.

.....

Duque De Rivas.

Un castellano leal

Romance primero.

¡Hola hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón;
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro!
Enas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar ¡vive Dios!
Por ellas quien no estuviere
otras siempre que lo está el sol.
No profane mi palacio
Un feunetido traidor,
Que contra su rey combate,
y que a su patria vendió.
Pues si él es de Reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbón;

Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traición un noble sangre,
y haber nacido español:

ení atonada la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salia
buja puerta se cerró;
y a la que estaba a caballo
Sobre un negro puador,
Siendo en su uso las liras
Mas bien que timbre, baldón,
y de profes y escuderos
Llevando un tropel en pos
bubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbón;
El que lidiando en Cambray,
así que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
a su natural señor,
y que a Toledo ha venido,
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes
y ver al impudor.

Romance segundo.

En una anchurosa quadra

del alcazar de Toledo,
buzas fraldas adornan
Brazos tabiques flamencos,
al lado de una gran mesa,
que cubre de terciopelo
el apetitoso tapete
con borlonos de oro y flecos;
ante un sillón de respaldo
que entre bordado arabesco
los trisulcos de España ostentan
y el águila del imperio,
De pie estaba Carlos Quinto,
que en España era primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
viste tabardo turco
De rubies mareas orlado,
y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso falda, cubierto
con primorosos bordados
y contornos sobrepuestos,
y la excelsa y noble insignia
Del Soberano de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
su la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo

Con un blanco airon, infeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafes,
Descube por ambos lados,
Con tanta majestad cubriendo
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.

Aproyada en la cadenera
La potente diestra ha puesto,
Que aprueta dos guantes de anidar
Y un primoroso morguero,
Y con la siniestra halaga
El un mastin muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

Con el bondatible inuigue,
Ursiguador del reino,
De los fraudes distorbias
Acaso esta discurrenido;
O del trato que dispone
Con el Rey de francia preso,
O de asuntos de almanico,
Regitada por Lutero;
Quando un tropel de caballeros
Aye venir a lo lefos,
Y ante el alcazar pararse
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena

Premos impulsado luego,
Ahue al fin la manifiesta,
Y entra el de Borbón soberbio,
Con el semblante de oculto
Y con los ojos de fuego,
Comandando de ira y de rabia
Que suprema mal el sujeto,
Y con balbuciente lengua,
Y con mal, borrado ceño,
Acusa al de Benavente,
Un demerario fidiendo.

Del español bondadable
Latía con orgullo el pecho,
Alfano de su entereza
De su entereza deudo.
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro aoman
La aprobacion y el contesto.
El temprado un punto
Quedo indciso y suspeso,
Sin saber que responderle
al frances, de enojo ciego.
Y aunque en su interior se gora
con el proceder violento
Del conde de Benavente,
De otras esperanzas llamo
Por tener tales vasallos,

De noble lealtad modelos,
y con los que el audaz mundo
Será a sus glorias atraído.
Afuera al de Borsón le debe
y es furor satisfactorio;
Se opus para calmarlo
Un desagravio completo;
y, llamando a un gentil-hombre,
con el semblante severo
ofanda que el de Benavente
Nunca a su presencia presto.

Romance tercero

Sostenido por sus frajes
Descienda de su litera
el conde de Benavente
Del, abaxar a la puerta.
Era un viejo respetable,
bueno cuerpo, cara seca,
bon dos ojos como chispas,
bargados de largas cejas,
y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria
que veneración de lejos
y miedo causa de ansa.
eran su traje unas calcas
de púrpura de Salencia,
y de recamado ante

Un colito a la leonesa;
De fino liebre gallego
Los puños y la gorgueroa,
Unos y otra guarnecidos
con randa barcelonesa;
Un terciopelo de vistudo
con su cintillo de perlas,
y el gabán de paño verde
con alamarez de seda
con sólo de batatavos
La insignia española lleva,
que el Honor ha designado
con sus ordenes extranjeros.

con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra.
Golpe de honor y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande a quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar a la antecámara,
Los pajes que están en ella
con respeto le saludan
abriendo los anchos puertos.
con grave paso entra el conde
sin que otro aviso preceda,
Saludando atravesando

Hasta la cámara regio.

Presutivo está el Monarca,
Discerniendo cómo pueda
bomponer aquel disturbio
Sin hacer a nadie ofensa.

Afucho al de Borbón le debe,
cuius unguis unguis de él sopra,
y al de Beauvante mucho
considerar le interesa.

Dilacion no admite el caso,
No hay quien dexar congo pueda,
y Villalaz y Paria
a un tiempo se le acuerdan.

En el sillón asentado
y el codo sobre la mesa,
el personaje recibe.

Que conuaido se acerca.

Grave el conde le saluda
con una rodilla en tierra;
Mas, como grande del reino,
sin descubrir la cabeza.

El Emperador benigno
que alce del suelo le ordena,
y la platina difícil
con seguridad empinera.

y entre sereno y afable
al cabo le manifiesta
que es el que a Borbón aloja

Voluntad suya resuelta.
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respondete. Resuavente,
Distocando la cabeza:
Soy, señor, nuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
Nuestro soy, nuestra mi casa:
De mí disponed y de ella;
Pero no toquid mi honras,
Y respetad mi conciencia.
En esta casa Borbón ocupa,
Puesto que es voluntad vuestra;
Contamíneme sus paredes,
Sus blasones emboraca,
Que a mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que roxarme con traidores,
Luzo solo aliento infecto.
Y en cuanto el dije mi casa,
Antes de tornar yo a ella,
Purificare con fuego
Sus paredes y sus puertas.
Dijo el conde, la real mano
Brio, subió su cabeza,
Y retirase bajando
A do estaba su litera,

Y a casa de un su hermano
Abandó que le condujeran,
Abandonando la suya,
Donde cuanto dentro se encuenra.

Quedó aborrido Carlos Quinto
De ver tan noble figura,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

Romance cuento

Hubo pocos días el duque
Hizo inausión en Toledo,
Del noble conde ocupando
Los honrados aposentos,
Y la noche en que el palacio
Dijo vacío, partiendo
Donde su siguiente y sus cosas
Orgulloso y satisfecho.

Entó la agradable luna
Un vapor blanco y espeso
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y onduelo.

A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en subaromas oscuros
Apuraba el claro cielo;
Después, en ardientes chispas,
Y en sus resplandores tronados

que iluminaba los valles
Dando en el Cajo reflejos;
y al fin, en furor mostrándole
su imbuuido incendio
que devoraba celtas torres
y derumbaba otros techos.

Resonaron las campanas,
bombardeó todo el pueblo,
De Buaviente el palacio
Quiso de las llamas viendo
el emperador confuso
began a procurar remedio,
su atajar tanto daño
mostrando tuas imperio.

En vano todo, trágica
tantas requirías el fuego,
a las lealtades castellana
levantando un monumento.

con hoy unas viejas ruinas
Del humo y las llamas negras
Recuerdan aunon tan grande
en los famosas Colidos.

José María Heredia.

Al Niágara

Dadme mi lira; dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arde la inspiración. ¡Oh; cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara ruidoso,
Solo tu faz sublime ya podría
Tomarme el don divino, que encañada
Me robó del dolor la mano impia.
Corriente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar tu faz serena.
Y de entusiasmo ardiente un alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre,
Lo común y merquino desdenando,
Ansío por lo terrífico y sublime
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,

Palpitando gocé: vi al Oceano
Azotado del austru proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé; mas su fiera
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandera.
Corres sereno y majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la siete rugiente
La aterradora faz? Et alma mía
En vagos pensamientos se confunde
Al contemplar la férvida corriente;
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,

Y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan... saltan... el abismo horrendo
Devora los torrentes despenados;
Ocúzanse en él mit icis, y asordados
Vuelven los bosques al fragor tremendo.
al golpe violentísimo en las peñas
Rómperse el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante
vista)

Con inquieto afanar?; ¿por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas, ¡ay!, las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Hacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de la brisa del Océano
Bajo un cielo purísimo se encen ?

Este recuerdo a mi pecho me viene...
Nada, ¡ oh Niágara !, falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y nicto, y delicada rosa,
Nuelle placer inspician y ocio blando
En fivolo jardín: a ti la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
Ngenosprecia los fivolos deleites,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
¡ Dios, Dios de la verdad! En otros climas
Ni monstruos exécrables
Oblasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impio,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atirar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Tilos, y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte,
Ni mentidos filósofos que osaban

Escutax tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los miseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja a mi seno
De este raudal en el eterno teneo.

¡Asombroso torrente!

¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?

¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dio su voz a tus aguas despenadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.

¡Bico tus aguas que incansables corren,

Como el largo torrente de los siglos
Queda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días
Y despierta al dolor ¡Ay!... ya agotada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruge mi frente, de dolor humblada.

¿Cuánto tanto sentí como este día
Mi misero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor ...? ¿Podría
Una alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz? ... ¡Oh! ... Si una hermosa
Digna de mí me amase
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla en mis amantes brazos! ...
¡Delirios de virtud! ... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,

Sólo miro ante mi llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!

Oye mi última voz; en pocos años
Te devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Dicen mis versos
Cual tu gloria immortal! Pueda piadoso,
Al contemplar tu faz algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo al hundirse el Sol en Occidente,
Fuele gozoso do el Criador me llama;
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

Ramón de Campoamor.

Las dos almas.

— ¿Adónde vas, alma mía.
Hacia ese mundo perdido?
— A ser alma de un nacido
La Omnipotencia me envió.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
Sigues ganando la altura?
— Dejo a uno es la sepultura,
Y voy caminando al Piel.

Puesto que subes, hermana,
Y te bails al bajar al mundo,
Dime si es... — Un caso profundo
que llamas cárcel humana.
— Prosigue, y so tan alta,
hermana, bajés ahora;
Porque vas, siendo señora,
A ser del hombre cautiva.

Que es él; con rumbo perdido,
Digue es loco devaneo
Cada potencia no deseo,
Y no queto cada sentido.

Pues, de abacia de goce el lleno,
Pausa el sido armonia,
El fraladar, ambrosia,
E impudico el tacto, cieco.

Así eno quetos sin calma
Nos los sentidos gozando,
Nuestros que a merced flotando
Va de los enjos el alvao.

Y rumbos tan desiguales,
Y tan contrarios vaivens,
Si el alma delira bienes,
Acosa al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando al Cielo,
Siempre estás en en desvelo
Porne y espíritu en guerra.

— Pues si ya, el Cielo gozando,
Dejaste cárcel tan fiero,

¿Porqué al aire, compañeras,
Nos esab lágrimas dando?

- Porque hay, hermana, es el suelo
Suelo que también se adolora,
Y que al dejarlos se llora,
Como al dejar los de el Cielo.

- Si el Cielo que dejs escalas,
Y al mundo voy que tú dejas,
Llevemos, pues, tú, mis quejas,
Y yo, tu llanto, es las alas.

Y al mundo donde me alejo,
Cuando te investre tu llanto,
Muestra mis ojos en tanto
Al Cielo hermoso que dejs.

Y ya que fatidico arde,
De mi cautiverio el día,

¡Poco Dios queda, hermana mía!

¡Hermana mía, él te guarda!

Las dos Grandezas.

- Un altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
— ¡Yo soy Alejandro el rey!
— Eyo, Diógenes el carb.
— Vengo a hacerte más honrada
En villa de caracol;
¿Qué quieres de mí? ¿Yo?, nada;
Que no me quites el sol.
— Mi poder. — Es asombroso;
Pero a mí nada me asombra.
— Yo puedo hacerte dichoso.
— Lo sé: no haciéndome sombra.
— Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dard.
— ¿Espana qué quierro cara
Más grande que este tonel?
— Montes reales gastarás
De oro y seda. — ¡Nada, nada!

¿No ves que me abrigo más
Esta capa recordada?

— Ricos manjares devoro.

— So con pan duro me allano.

— Bebo el Chipre en copas de oro.

— So bebo el agua en la mano.

— Mandaré cuanto tú mandes.

— ¡Vanidad de cosas vanas!

¿O a unas miserias fan grandes
Las llamas dichas humanas?

— Mi poder a eucaristos gimen.
Va con gloria a socombr.

¡La gloria; capa del crimen!

¡Crimen sin capa el poder!

— ¡Cada la tierra del mundo
Tengo postrada ante mí!

— ¿Eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de ti?

— ¡So si que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso!

— So si que tu último sueño
Será tu primer reposo.

— ¡So impongo a mi arbitrio leyes!

— ¡Canto de injusto blasonas?

— ¡Llevo vencidos cien reyes!

— ¡Buen bandido de coronas!

• — Vivir podré aborrecido,

Mas no moriré olvidado.

Viviré desconocido,

Mas nunca moriré odiado.

— ¡Adiós, pues romper no puedo

De tu cirisno el crisol!

— ¡Adiós! ¡Cuán dichoso queda,

Pues no me quitas el sol! —

Y al partir, con mutuo agrio,

Uno altivo, otro implacable,

¡Miserable! — dice el sabio;

Y el rey dice: — ¡Miserable!

Músicas que pasan.

— Música! —. Qué aliento da,
¡ Qué esperanza sui fin,
El re-tin-tin del clarín,
Del tambor el ra-ta-plán!
¡ Da aproximándose van!
¡ Cuál la esperanza entretienen!
¡ Cómo el corazón abrasan!
¡ Estas músicas que pasan,
¡ Qué alegres son cuando vienen!

— Música! —. Conforme avanza
Da' el tambor o ya el clarín,
Causa aliento el re-tin-tin,
Da el ra-ta-plán esperanza.
Se aleja..., y ya en lontananza,
Más bien que gotosos afañ,
Existera sus leot dan.
¡ No hay bien seguro en el mundo!

Qui l'igubret sou, Jacundo,
! Las musicas que se van!

Hi! Ni al principi ni al fin
Noj dau' a algunos ardor
El ra-ta-plau del Tambor,
Del clarinet el re-tu-tu!

Cu expliu Jacundo, y ni expliu...
Pera musicas estau'!
! Poco nuestro antiguo afair
! Las musicas entretienen!
Ni cuando alegres se vienen
Ni cuando tristes se van!

Los relojes del Rey Carlos

Carlos Quinto el esforzado,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va en suete olvidado
Hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y los hace ir a compás,
Ni minuto más ni menos,
Ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo exclamaba:
— ¡Mas despacio, majadero! —
Si otro se atrasa un instante,

Va, lo coge; lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita: - ¡ Adelante, adelante!
¡ Masadero, muy aprisa!
— Y entrando un día, - ¿ Qué tal? -
Le pregunto el confesor;
Y el relojero imperial
Dijo: - Lo ando bien, señor,
Pero mis relojes, mas.
- Recibid mi parabién -
Siguio el noble confidente; -
Mas yo creo que tambien,
Si ellos andan malamente,
Vos, señor, no andáis muy bien.
¿ No fuera una ocupación
Mas digna vivir con frecuencia
Otros relojes, que son,
El primero el corazón,
Y el segundo la conciencia?
Dudo el rey cortos momentof;
Mas pudo al fin responder:
- ¡ Si; más o menos sangrientof,

Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer!

Yo, que agoté la paciencia
En tu necia ocupación,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazón
De acuerdo con la conciencia.

Y cuando esta profería,
Con un tic tac hastioso,
Cada reloj que allí había
Parece que te decía:

— ¡Nufachero! ¡Nufachero!...
¡Necio! — prosiguió. — Al deber
Debi unir mi sentimiento,
Después, si no antes, de ver
Que es una carga el poder;
La gloria, un remordimiento.

Y los relojes sin duelo
Eranelo de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.

Y añadió. ¡ Tenéis razón !
Empleando mi paciencia
En miya santa ocupación,
Desde hoy pondré el corazón
De acuerdo con la conciencia.

Contradicciones del genio.

Sentando indolentemente
Cicita noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,
Está Napoleón primero
Sumando con mucho afán,
Puesto a un lado aquel gabinete,
Y a otro lado aquel sombrero.
Suma de intento muy mal,
Entre espantado e uacundo,
Todas las muertes que al mundo
Cortó su gloria imperial.
Y cuando ya a trasluir
Llega una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa
Sobre la luz a morir.
Su muerte próxima al ver,
Pintó el héroe con pasión;
Que al fin, aunque Napoleón,
Era un hijo de mujer.

Y con benévola calma,
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente
Pueden tener también alma,
El, que carne de cañón
Pudo a los hombres llamar,
Ve a un insecto peligrar,
Con pena en el corazón.

No ella code, ni él se para,
Y con la intención más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Cunto más él la separa.

Cal vez el emperador
Llorara de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

¡Ay! Una vida tan suya,
¡No había de entumecer
Al que acababa de hacer
Del universo un botín?

¡Y luego la coalición
Dirá que no era perfecto
El que en salvar un insecto

Funda un sueño de Colón!
Sigue la lucha emprendida
Entre él y ella, y de esta suerte,
Mientras busca ella la muerte,
Le da Napoleón la vida,
Y así el empeño siguió
Por ambos con fines:
La mariposa en que sí,
Y Napoleón en que no,
La salva al fin, y — ¡Victoria! —
Exclama con alegría
El que hacía y deshacía
A canchales la Historia.
¡Victoria!, ¡ victoria, pues!
¡ Dios universo!, ¡ Dios universo!,
¡ De esa acción suba el incienso
Hasta tus divinos pies!
Aquella alma generosa
Que vertió de sangre un mar,
¡ Cuánto luchó por salvar
La vida a una mariposa!
¡ Que alguno de tu bondad
Cuente a la Francia la gloria;

Luego, la Francia a la Historia,
Y ésta, a la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre carne de cañón.

Di por él: —; Compasión,
En vez sólo la virtud!

Los Fenómenos

I

Si esperamos en Dios con alguna esperanza,
Premiara nuestra fe la Providencia.
¿Qué es el temblor de nuestra globo?; queda
Al lado del temblor de la conciencia!

II

¿Por qué temblan nuestros desertos,
Levándose a nuestra patria, Cielo santo
de este día de espanto
En que suenan a rolas los astros?

III

Aunque el hombre se atorra
Al ver temblar bajo sus pies el suelo,
¿Quién sabe si en el Cielo
Será ordenar el trastornar la piedra?

IV

Formuere de placer muestras extrañas
Y ver quo, enorbande ajenos males,
Va la propiedad desde las casas reales
A barrer la miseria a las cabanas.

V

-¿Qué haremos cuando el Cielo
Barrá y templá con fragor derriba?
-¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Venor fe en la justicia de allá arriba!

VI

Cuando se abre la fiera entromesida,
El bueno vea, se renueva y muere:
Que es el insino sabio en esta vida
El que sabe querer lo que Dios quiere.

Sinesio Delgado.

Sombras del pasado.

¡Vivame bien, poeta: soy el pobre
Trovador de otros tiempos, que se yergue
Para pedirte que en sus manos pongas
El laúd que en las tuyas se civilice.
Con él un día acompañó tus himnos
La musa adulatora de los reyes,
Y humillada ante el cetro y la corona,
Como un mendigo demandó mercedes.
Y hoy, que sordos rumores de exterminio
De los tugurios hacia el trono vienen,
De miedo tiembblas, y cobarde cantas
La brutal tiranía de la plebe.

Dame el laúd, poeta, que antes quiero
Verle sin cuerdas, mudo para siempre,
Que despertando en las salvajes hordas
Los instintos feroces y crueles.
Cantó conmigo las harañas grandes
Y el tierno amor en los castillos fuertes,

Pidiendo, como premio a mis enredos,
Contra el frío y la lluvia, tibio albergue,
Y en las aldeas miserables, sonando
Como un eco de músicas celestes,
Llevé con la alegría de sus notas
Consuelo a los humildes y a los débiles.
Pero jamás los príncipes lograron
Mi arcar la esclavitud sobre mi frente,
Ni el populacho me arrojó un elogio
De sus pasiones ruines y doctas;
Que, bajo mis harapos siempre libre,
Ni altos ni bajos me impusieron leyes,
Y así crucé, con el laúd al hombro,
La sierra abrupta y la pradera fértil.

¿Eh, ¿qui has hecho con él? Cantar mintiendo
Devoción y alabanzas al que temes,
Halagar a las turbas cuando avanzan
Y ensalzar a los desprotaos si vencen;
Sin comprender que todos adivinan
En tus canciones el temor que tienes,
Y con la adulación sólo consigues
Que de arriba y de abajo te desprecien....
¡Trovador desdichado el que abandona

De la bellera las eternas fuentes
Y en las charcas del odio y de la envidia
La inspiración de sus estrofas bebe!

Si no canta el amor entre los hombres,
Si pregona la guerra entre las gentes,
Le arrollarán los vientos que desate
Y ha de morir con el dolor que engendre.

Ricardo León.

Sactas.

¡ Subid aprisa, oraciones!
¡ Subid con ansia, deseos!
¡ Rasgad con vuestras ceutellas,
Abrid con vuestros ingenios
Las tinieblas de la noche,
Los muros del firmamento,
Y herid con vuestras espadas,
Sujetad con vuestros hierros
A Aquel por quien yo suspiro,
A Aquel por quien yo me muero!
Con la valiente osadía
Del amor y de su fuego,
Beber los aires ansio,
Forzar los astros pretendo,
Luchar con Dios, cautivarle
Y hacerle mi prisionero....
¡ Ten sus divinas entrañas

clavarle mis dardos quiero,
Las saetas encendidas
De mis raudos pensamientos;
Que hasta las rocas se hieuden
Y se desgarran los cielos
Con el impetu y la fuerza
Del amor y del deseo!

¡ Subid aprisa, oraciones!
¡ Fortificaos y encendedos
Sobre las ascuas del horno
Palpitante de mi pecho!
¡ Subid a la patria mía
Con tan abrasado afecto,
Que penetréis como rayos
En el corazón inmenso
De Aquel por quien yo suspiro,
De Aquel por quien yo me muero!

¡ Pluguiera que para amarle
Fuese como el sol mi pecho,
Como dos lunas mis ojos,
Como lenguas mis cabellos,
Como un torrente mi sangre,

Como una selva mis nervios,
Que fuesen mis brazos ríos,
Barras candentes mis huesos,
Y dardos mis oraciones,
Y centellas mis descos!

¡ Quisiera tener cien almas
Con que adorar a mi dueño;
Quisiera tener cien vidas,
Y dárselas por un beso;
Tener tantos corazones
Como estrellas tiene el cielo,
Y cuando más palpitasen,
Arrancármelos del pecho
Y engarrarlos en el hilo
De luz de mi pensamiento,
Como un collar de rubies
Para el dulcísimo cuello
De Aquel por quien yo suspiro,
De Aquel por quien yo me muero!
¡ Ay, amor de mis entrañas!
¡Cuán dulce angustia padesco!
Tengo el sabor en la boca

De tu sangre y de tu cuerpo
Y estoy cada vez, Dios mío,
Más ansioso y más hambriento,
Y es tan grande mi codicia
De tu amor y de tu cielo,
Que tengo el alma preñada
De abismos y de silencios,
De voraces apetitos
Y de inflamados deseos.

Quisiera, Señor, gozarte
Cara a cara y seno a seno;
Desfallecer en tus brazos
Con tan hondo arrobamiento,
Que el alma se me saliera
De los labios como un beso;
Que las fibras de mi carne,
Que las venas de mi cuerpo
Fuesen ligas, fuesen lazos
Que me ataran a tu pecho
Con deleites infinitos
Y con amores eternos.

Mas ¿cómo pedir tal gloria?

¿Quién soy yo, ni qué merezco,
Pobre gusano de luz
Que se arrastra por el suelo?
Para ti todo, Dios mío,
Que yo para mí no quiero
Más que el puñado de tierra
Donde se pudran mis huesos.
Y si al borde del sepulcro,
Sobra el césped de un sendero,
Protase una florecilla,
Ese será el postrer beso
Que los labios de mi carne
Le den a su dulce dueño.
A Aquel por quien yo suspiro,
Por quien lloro y por quien muero.
¡Oh noche, oh sombras, oh alturas,
Oh soledad, oh misterio!
¡Mar sin orillas, poblado
De estrellas y de secretos!
¡Jamás de mis oraciones
Me devolveréis los ecos?
¿Qué dicen vuestros abismos?

¿Qué dicen vuestros silencios?
¿Se han de quebrar mis saetas
En vuestros muros de hierro?
Se han de hundir mis esperanzas,
Como naves sin gobierno,
Bajo las siniestras olas
De un mar obscuro y desierto?
¿He de vivir abrasándome
Para morir más sediento,
Morder el polvo, y en polvo
Tornarme? ¡No! ¡vive el cielo!
Si en ese mar tan callado,
Si en ese azul firmamento
No hubiera más ley ni origen
Que el asar rebelde y ciego,
Forjárame eternidades
Y paraísos espléndidos
Con el impetu y la fuerza
Del amor y del desco.
¿La caridad bastaría
Para dar al mundo un cetro,
Para levantar el trono

Del divino Narareuo
Con muros de coraiones
Y con pedaros de cielo!

Mas este ardor insaciable,
Y esta inquietud y este fuego
Dominadores de abismos,
Pobladores de silencios;
Estas rabiosas ternuras,
Estos voraces deseos,

Estas ansias, estos gritos,
Estas preces, estos frenos
Y raptos y calenturas
Y amores y sufrimientos,

¿Quién los pone en nuestras almas?

¿Quién los clava en nuestros pechos?

Estas voces inflamadas
Del más alto sentimiento,
Querellas, fiebres, delirios,
Hambre de Dios, sed de cielo,

¿Qué son sino resplandores,
Vislumbres y centelleos
De la infinita hermosura.

Del amor vivo y eterno
De Aquel por quien yo suspiro,
De Aquel por quien yo me muero?

Quien ama profundamente,
Sabe que todo está lleno
De semblantes y de espíritus,
De callados pensamientos,
De palabras escondidas
Y de inefables misterios;
Que no hay un rincón vacío
Ni en la tierra ni en el cielo;
Que la soledad es alma,
Y eternidad el silencio....

Dios nos habla a todas horas
Con suavísimos acentos;
Nos habla como a hurtadillas,
Nos habla como en secreto,
Con un rumor tembloroso
De canciones y de besos;
Mas andamos distraídos,
Y escucharle no sabemos.

Hay que vivir de rodillas,

Hay que vivir en acecho
De esas palabras tan dulces,
De esos avisos tan tiernos;
Hay que vivir siempre en vela,
Puesta la mano en el pecho,
Siempre alerta los oídos
Y los párpados abiertos;
Hay que despertar al ángel
Que todos llevamos dentro,
Mientras la bestia se rinde
Vencida del torpe sueño.

Todo es amor, todo es vida,
Todo es altar, todo es templo....
Dios camina por el mundo,
Recorre nuestros senderos,
Se alberga en nuestros hogares,
Vive en nuestros aposentos,
Y en la sombra de la noche
Se acerca hasta nuestros lechos....
; Digo, Señor, de tus hablas
El dulcísimo aliento
Como un volar de palomas,

Como un zumbido de insectos,
En los aires, en las aguas,
En las frondas, en los céfiros,
En el hondo de los mares,
En el silbo de los vientos,
En la voz de las fontanas,
En los ventallles del cedro,
Y en los bajos y en las cumbres,
Y en la noche y el silencio,
Que es la pausa melodiosa
De tus divinos conciertos!

Escucho el blando latido
De tu corazón inmenso,
Como una música suave,
Como el compás de unos versos,
En el latir de mi sangre
Y en el temblar de mis nervios,
En el ritmo de las cosas,
En el orden de los cielos,
En los astros, en la viva
Pulsación del universo....

Y escucho el manso respiro

De tu fervoroso pecho;
Y tomo tus blandas manos,
Y sufro el divino peso
De tus carnes en mi alma,
De tu espíritu en mi cuerpo;
Y absorto, sin pulso, herido
De tanto amor, desfalleco,
Todo deleite gozando,
Toda ciencia conociendo....

¡ Salid del alma, oraciones,
Que estas cosas con que sueño
Podré alcanzarlas un día
En vuestras alas de incienso !
¡ Subid aprisa, oraciones;
¡ Subid con ansia, deseos;
Subid a la patria mía,
Con tan abrasado afecto,
Que os clavéis, como centellas,
En el corazón inmenso
De Aquel por quien yo suspiro
De Aquel por quien yo me muero.

Serenata.

¡Serenatas de amor! ¡Alegrías de ayer!
¡Mejor dulce saber no quisiera escuchar;
Que me hacéis padecer, que me hacéis recordar
Otro tiempo mejor que no puede volver...
¡Alegrías de ayer: no vengáis a cantar
Serenatas de amor que nos hacen llorar!

Como duele sentir! Cuánto cuesta vivir
Con el ansia de hallar otro mundo mejor!
Y no acierto a vivir, y no puedo sufrir
Este trágico hervor de mi mundo interior...
¡Ay, amor; ay, hervor; ay, dolor de vivir!
¡Ay, placer de sufrir y morir por amor!

¿Cucundíame el fulgor de la audaz juventud,
Conoci la inquietud, conocí la ansiedad,
Y busqué en el amor el raudal de salud
Que saciara mi sed de belleza y verdad...
¡Ay, fatal juventud! ¡Ay, tremenda merced!
¡Ay, la fuente de amor que nos mata de sed!

Es la vida un manjar de agri dulce sabor,
Una pena de amor que nos hace plañir
Un querer, un ardor, un furor, un temor,

Cuyo extraño escogor no se sabe decir...
 ¡Ay eterno plañir! ¡Ay ardiente sabor!
 ¡Ay la pena de amor que nos hace morir!

Es aroma de flor y es pasión de mujer
 Es un breve placer que trazciende a pesar,
 De un ocazo de sol el sutil foncez,
 El ligero temblor de una estrella en el mar,
 ¡Ay, estrella, ay, pesar, ay, ocazo; ay, plañir!
 ¡Oh perfume de flor! ¡Oh pasión de mujer!

Es dolor de gozar y placer de sufrir,
 Caminar y subir cada cual con su cruz,
 Es llorar al nacer y temblar al morir
 Entre lumbres de amor y entre lenguas de luz...
 ¡Yo no sé caminar, yo no acierto a vivir!
 ¡Abrazado de amor me quisiera morir!

Es un dulce llaner que nos hace llorar,
 Que nos hace soñar otra patria mejor;
 Es dolor de un pastor que al tornara su hogar
 Se complace en cantar sus querellas de amor...
 ¡Ay, amor; ay, pastor, ay, el triste cantar!
 ¡Ay, el dulce llaner que nos hace llorar!

Calla, calla pastor; con tu dulce llaner
 Heas tomado a encender mis hogueras de amor,
 Y al que llora un dolor, recordarle un placer
 Es hacerle sufrir una pena mayor...

¡Serenataz de amor! ¡Alegrias de ayer!
¡Ay, el dulce tañer que nos mata de amor!

Tengo un tedio, un sopor. Y no puedo dormir
Con el ronco solanir de este triste cantar...
¡Como siento en mi ser el dolor de vivir,
Y en mi boca el sabor de las aguas del mar!
¡Ay, amargo sabor! ¡Ay, eterno solanir!
¡Ay, el dulce tañer que nos hace llorar!
¡Ay, la pena de amor que nos hace morir!

Era la Patria...

a la memoria de D. Marce-
lino Menéndez y Pelayo, res-
taurador espiritual de España.

I

*Era la Patria mientras el vivía,
Por virtud de su unum solerario,
Sobre el haz del Imperio castellano
La luz del viejo sol no se ponía.*

*De aquella veneranda Monarquía,
Templo que fue del ideal cristiano,
En su noble, en su robusta mano,
La cruz, el cetro y el Hario tenía.*

*Puede España perder cota y aureo...
Si queda el corazón firme y entero,
¿Que importa que se quite la coraza?*

Mas al perder el verbo de su gloria,

Quedan mudas las lenguas de la Historia,
y en silencio mortal toda la corte.

II

El restauró las viejas esculturas
De nuestra antigua y olvidada gloria;
El, separando el oro de la escoria,
Las vistió de elegancias y honores.

El de la piedra en las entrañas duras
Puso vida y calor, alma y memoria,
Y él es sus hombres levanto la Historia
Del polvo de las yertas sepulturas.

¡ Ah, que no en balde se llamó Celazo!
También bajo de la teuz montaña,
Como un divino y fulgurante rayo.

Fue más heroica la segunda batalla;
¡ Que el solo, en siglo de letal desmayo,
Supro de nuevo recobrar España!

Sonettillos.

I

*Caminante: ¿por qué lloras?
¿Fantas son las amarguras,
Que ya ni siquiera curas
De esperanzas redentoras?*

*No son eternas las horas,
Ni eternas las desventuras:
Siempre a las noches oscuras
Siguen las blancas auroras.*

*— Hay desdichas inmortales,
Hay caminos y destinos
De perpetua maldición.....*

*— Para los hombres cabales
Todos son buenos caminos;
Caminos de perfección*

II

Criste y dura a la existencia;
Pero sus tribulaciones
Son examen de varones
Y alquimia de la experiencia.

Quiso Dios con su clemencia
Que hubiera consolaciones
Para aliviar las pasiones
Y entretejer la paciencia.

¿ Quien camina sin doler ?
¿ Quien combate sin temer ?
¿ Quien padece sin pensar ?

Necesario es aprender
La ciencia de padecer
Y el arte de caminar.

III

Vive con noble osadía :
Sé valiente sin crueldad ;
Sé prudente sin flaqueza ;
Piadoso sin ufania.

Trabaja con alegría ;
Cumple y obra con llaneza,
Y huye de toda tristeza,
De toda melancolía.

No adilgaces el humor ;
Mas no olvides que el vivir
Es una escuela de honor

Donde se aprende a sufrir,
Para enseñarnos mejor
Cómo se debe morir.

IV

Procura cuando caminas,
Coger la flor de las cosas,
Que es sabio arrancar las rosas
Sin clavarse las espinas

De estas artes peregrinas
Son maestras primorosas
Hormigas y mariposas,
Abejas y golondrinas.

Olivia con tus cantares
El rigor de los pesares,
Y hallarás consolaciones;

Que es don humano y divino
El de alegrar el camino
Con risas y con canciones

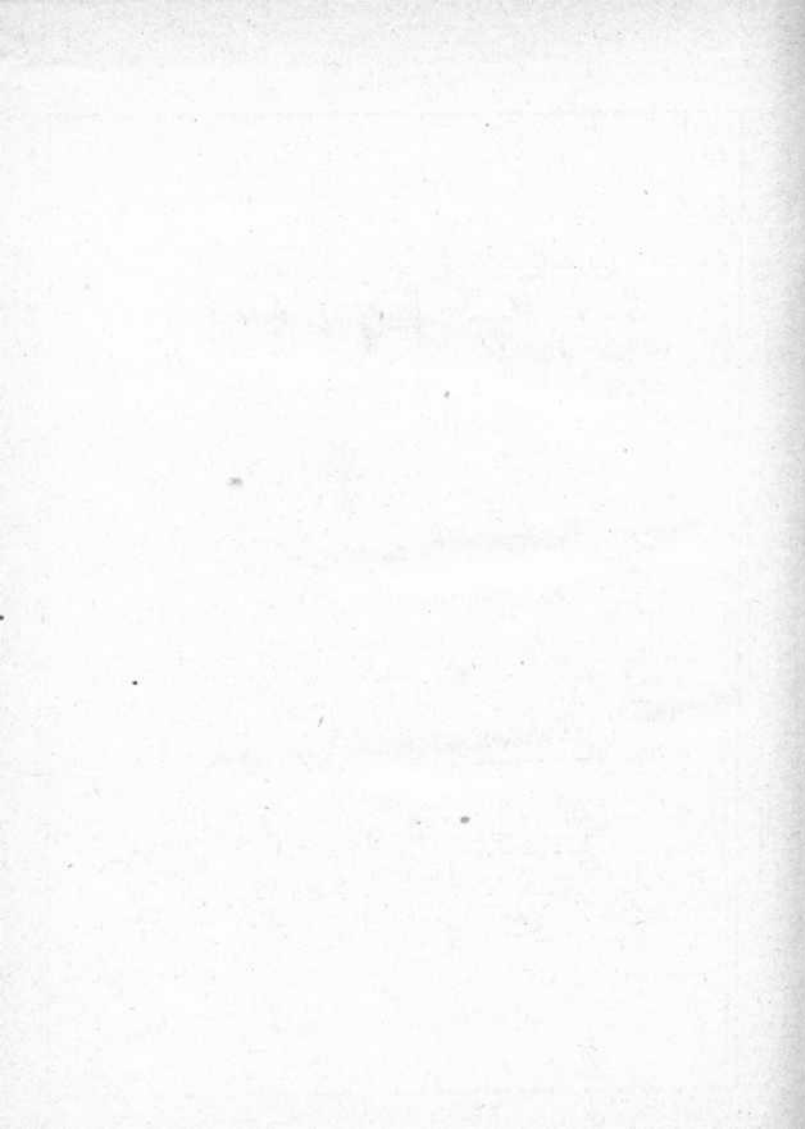
V.

Corrobora el corazón
En la llama fuerte y bella
De la fe, y hasta tu estrella
De acción y contemplación.

Mirada por otra afición
Pierdan tus ojos su huella;
Brate como una Costella
De tu pecho la oración.

Aviva tu ardor inmenso
Con encendida constancia;
No te entibie la costumbre.

La oración, como el incienso
No requiere su fragancia
Si no es puesta sobre lumbré.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

	<u>Págs.</u>
Cartas.....	9
Cartas de felicitación.....	11
Cartas familiares	15
Cartas de pésame.....	42
Cartas de invitación	46
Cartas de consulta.....	48
Cartas mercantiles.....	51
Contabilidad.....	64
Cartas de recomendación.....	70
Tarjetas.....	72
Besalamanos.....	73
Pacto de aprendizaje.....	75
Pacto entre oficial y maestro.....	77
Contrato de aparcería.....	79
Contrato de alquiler.....	81
Cartas varias.....	83
Modelo de testamento cerrado.....	105
Tratamientos y jerarquías.....	109
Abreviaturas usadas en la escritura de tratamientos....	112
Memorial al Rey.....	113
Solicitud o instancia dirigida a Director de Instituto...	114

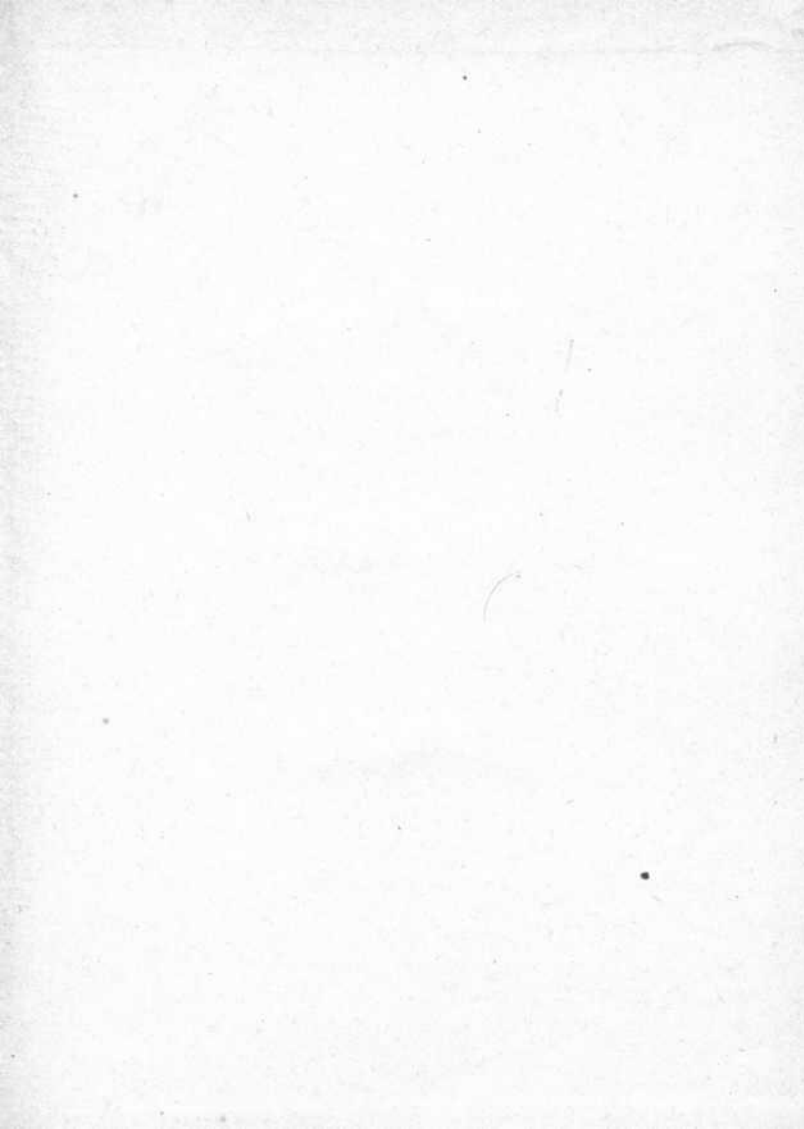
Solicitud dirigida a Directora de Escuela Normal pidiendo mejora de nota.....	115
Demanda para un juicio verbal.....	116
Papeleta de citación para un acto de conciliación.....	117
Escrito en que un individuo pide que se le declare heredero abintestato de un ascendiente suyo.....	119
Escrito solicitando el nombramiento de Procurador y Abogado de oficio para entablar demanda de pobreza.	121
Demanda de pobreza interpuesta en juicio verbal. . . .	123
Escrito de un comerciante declarándose en quiebra	125
Certificación privada.....	126
Anécdotas históricas.....	128
Pagaré.....	135
Abonaré.....	135
Recibo.....	136
Módulo de letra de cambio.....	137

SEGUNDA PARTE

Romances viejos:	
Romance de Abenámbar.....	141
Jorge Manrique:	
A la muerte del Maestro de Santiago D. Rodrigo Manrique, su padre.....	143
Garcilaso de la Vega:	
Egloga primera.—A D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, Virrey de Nápoles.....	158
Fray Luis de León:	
Oda.....	171
Vida retirada.....	175
Noche serena.....	179
En la Ascensión.....	183
Baltasar del Alcázar:	
Una cena.....	184

	<u>Págs.</u>
Hernando de Herrera:	
Por la victoria de Lepanto.....	189
Por la pérdida del Rey D. Sebastián.....	199
San Juan de la Cruz:	
Canto espiritual entre el alma y Cristo, su es- poso.....	203
Anónimo.....	215
Miguel de Cervantes Saavedra:	
Al túmulo elevado en Sevilla en las honras fúnebres de Felipe II.....	216
Bartolomé Leonardo de Argensola:	
Soneto.....	217
Luis de Góngora y Argote:	
Ande yo caliente, y riase la gente.....	218
Lope de Vega:	
El solitario.....	220
¡Pobre barquilla!.....	225
Temores en el favor.....	231
Décimas.....	233
Descripción satírica de Madrid.....	240
Juan de Arguijo:	
Al Guadalquivir, en una avenida.....	244
Tirso de Molina:	
Cuento.....	245
Rodrigo Caro:	
A las ruinas de Itálica.....	248
Antonio Mira de Mescua:	
Canción.....	252
Francisco de Quevedo Villegas:	
Memoria inmortal.....	258
Letrilla satírica.....	260
Al Tiempo.....	264
Francisco de Rioja:	
A la rosa.....	265

Francisco de la Torre:	
La cierva.....	267
Pedro Calderón de la Barca:	
Cuento.....	271
Nicolás Fernández de Moratín:	
Fiesta de toros en Madrid.....	272
Epigrama.....	289
Al Sol.....	290
Juan Meléndez Valdés:	
La presencia de Dios.....	298
Arcadio (fragmento).....	296
Leandro Fernández de Moratín:	
Elegía a las Musas.....	299
Los días.....	303
Andrés Bello:	
La agricultura en la zona tórrida.....	308
Duque de Rivas:	
Un castellano leal.....	316
José María de Heredia:	
Al Niágara.....	327
Ramón de Campoamor:	
Las dos almas.....	334
Las dos grandezas.....	337
Músicas que pasan.....	340
Los relojes del Rey Carlos.....	342
Contradicciones del genio.....	346
Los terremotos.....	350
Sinesio Delgado:	
Sombras del pasado.....	352
Ricardo León:	
Saetas.....	355
Serenata.....	366
Era la Patria.....	369
Sonetillos.....	371





Lit. Bernardo Rodríguez Barquillo, S. Madrid.

JT 5941

